

## EL FIN DEL LAISSEZ-FAIRE, (1931) \*

*Alejandro López, I. C.*  
(1876-1940)

A fin de economizar exposición me he permitido en estos días remitir a usted por correo un librito titulado "*The End of Laissez-faire*", cuyo autor es el Profesor John Maynard Keynes, de la Universidad de Cambridge, autor de varias obras económicas bien conocidas, experto económico de la Gran Bretaña en la Conferencia de Versailles, cuyo liberalismo está fuera de toda discusión. Bastaría recordar aquí que fue este economista quien dirigió la investigación que hizo en días pasados el partido liberal inglés a fin de establecer el programa agrario e industrial de ese partido. El librito es un resumen de dos conferencias dictadas por el Profesor de Economía Política de la Universidad de Cambridge en otras dos Universidades, la de Oxford y la de Berlín. En ese volumen se hallan reunidas informaciones y argumentaciones que el estudioso encontraría en una literatura demasiado extensa para tenerla a mano. Se explican allí las fuentes y corrientes de opinión que concurrieron a hacer de ese principio un dogma popular y comprueba esta tesis, que es lo que viene al caso: que el *laissez-faire* no es doctrina que haya sostenido ningún economista de mérito.

"La frase *laissez-faire* no se halla en las obras de Adam Smith, Ricardo o Malthus. Ni aún la idea se presenta en forma dogmática en esos autores. Adam Smith era, desde luego, librecambista y se oponía a muchas restricciones del comercio en el siglo XVIII, pero su actitud respecto a las leyes sobre Navegación y Usura

---

\* Tomado de López Alejandro, 1931, *Idearium Liberal*, París, Ediciones La Antorcha, p. 160-169.

muestran que no era dogmático. Aun su párrafo sobre “la mano invisible” refleja más la filosofía que va asociada al nombre de Paley que la del dogma económico del *laissez-faire*. Como lo han indicado Sidwig y Cliff Leslie, la aceptación de Smith del “obvio y sencillo sistema de la libertad natural” se deriva de su concepto deísta y optimista del mundo, ya enunciado en su “Teoría de los Sentimientos Morales”, más bien que de sus teorías sobre Economía Política”. Keynes afirma que aquella frase fue empleada por primera vez en inglés por Franklin y recuerda la frase de Bentham, en que pone en boca de los agricultores y comerciantes la modesta contestación que dio a Alejandro el cínico Diógenes: “Que no me quites el sol”, como única petición al Estado.

La frase, según Keynes, hizo carrera en manos de divulgadores como Bastiat y señoras escritoras inglesas, que cita textualmente. “Desde el tiempo de John Stewart Mill los economistas de autoridad han reaccionado duramente contra tales ideas. Dificilmente se encontrará un economista de buena reputación, como lo ha dicho el Profesor Cannan, que intente un ataque de frente contra el Socialismo en general; aunque, como él mismo agrega, casi todo economista, sea bien reputado o no, encuentra lagunas en la mayor parte de las proposiciones socialistas. Los economistas no tienen ya lazo de unión alguno con las filosofías teológicas y políticas que dieron nacimiento al dogma de la Armonía Social, y sus análisis científicos no los llevan a esas conclusiones. Cairnes, en su Conferencia de Introducción a “La Economía Política y el Laissez-faire” (Universidad de Londres, 1870) fue sin duda el primer economista ortodoxo que lanzó un ataque frontal contra el *laissez-faire* en general. “La máxima del *laissez-faire*, declaraba, carece de base científica alguna, y es una simple regla práctica muy manual”. Durante los últimos cincuenta años —agrega el profesor Keynes—, éste ha sido el punto de vista de los principales economistas”.

Esto último viene a confirmar la tesis sentada antes por este servidor, de que el doctor Eastman se alimenta de enseñanzas y dogmas de la primera mitad del siglo pasado. pero si alguna duda quedare al respecto se puede desvanecer con este otro párrafo del profesor liberal a que vengo refiriéndome:

“Por consiguiente, trazo la unidad peculiar de la filosofía política popular de la centuria pasada por el éxito con que supo armonizar diversas y encontradas escuelas, uniendo lo que convenía a un mismo fin. Se descubrió que Paley y Hume, Burke y Rousseau, Godwin y Malthus, Cobbett y Huskisson, Bentham y Coleridge,

Darwin y el Obispo de Oxford estaban predicando prácticamente lo mismo, el Individualismo y el *Laissez-faire*. Aquello era la Iglesia de Inglaterra y éstos eran sus apóstoles, en tanto que la compañía de economistas estaba allí para probar que la menor desviación de impiedad implicaría ruina financiera”.

Y como cada cual ha de cargar con las responsabilidades consiguientes a sus opiniones, sobre todo si han sido tan desenfadadamente expresadas como las del estadista colombiano a que vengo refiriéndome, justo es completar estas frases con la que agrega el profesor de Economía de Cambridge:

“Un estudio de la historia de las opiniones es preliminar indispensable para la emancipación de la mente. No sé qué hace a un hombre más conservador, si no conocer sino el presente o no conocer sino el pasado”.

También se puede afirmar sin temor de una contradicción formal que el *laissez-faire* no es dogma del liberalismo universal, ni del liberalismo colombiano, ni lo fue nunca. Sostener lo contrario es incurrir en el prurito —bien manifiesto en otros órdenes de ideas— de tener como principios definitivos el grito de los grupos extremos; es darle a Bentham y a Spencer una importancia política que no tuvieron ni en su tierra. A dicho de autores connotados, estos dos personajes tuvieron más autoridad en Centroamérica que en Inglaterra; que fue exactamente lo que pasó con Lord Byron.

Escuelas filosófico-políticas como el Radicalismo o económicas como la de Manchester son fenómenos históricos destinados a producir efectos dados, confluencias de opiniones que se enfrentan a estados de cosas especiales y luego decaecen como pasa con todo lo terreno, sin quedarse flotando al través de las edades y a lo largo del espacio como si fueran evangelios. Culminan en un período determinado encarnadas en hombres representativos y de carácter como James Mill, Macaulay, Cobden y Bright, mas no hay que confundir las influencias encauzadoras del espíritu liberal en un momento dado con la corriente misma, que sigue el curso de sus destinos.

Sería absurdo sostener hoy que los principios e hipótesis abstractas en que se apoyaron aquellas escuelas hubieran resistido indemnes y sin desgastes la erosión constante de los hechos posteriores, de la invención, de los descubrimientos y de las teorías que surgían de otros sectores al diferenciarse las ciencias durante todo un siglo. Queda dicho que uno de los postulados fundamenta-

les de esas escuelas era la identidad natural entre los intereses particulares y los generales; a medida que se ha ido desmoronando esa hipótesis se ha ido robusteciendo la opinión del lado del Socialismo o, por mejor decir, del *societismo* como teoría contrapuesta al individualismo que rechazaba la injerencia del Estado en todo lo que no fuera seguridad y defensa, y consideraba un robo que se destinasen las contribuciones a procurar la armonía del orden natural, en las excelencias de la libre competencia que conduce a la supervivencia del más apto y a la selección natural de las empresas. La armonía hay que hacerla, y la competencia ruinosa y desperdiciadora está siendo reemplazada por la cooperación.

Dejando a un lado la actividad empresaria del Estado para la producción de servicios públicos, como energía, distribución de agua potable, redes telefónicas, mercados, ferias, etc., en ningún otro sector podrían considerarse más impertinentes las injerencias del Estado que en la organización industrial. Pues bien, en esa esfera viene interviniendo el liberalismo inglés desde los tiempos de mayor auge del radicalismo. En tanto que el Estado colombiano ha sido impotente o incapaz de prohibir el pago en géneros a los obreros —medida que vengo reclamando hace tiempo— los liberales ingleses inscribieron esa prohibición en el Estatuto hace casi cien años; lo mismo que en Francia. Las leyes sobre inspección de fábricas y minas datan en Inglaterra desde 1833. Desde entonces viene estableciéndose la jornada máxima por ley e imponiendo condiciones sanitarias y de seguridad para los obreros. Con no poca oposición de los partidarios del *laissez-faire*, establecieron desde entonces los liberales la inspección de fábricas, que reorganizaron tan bien que los mismos Inspectores venían a dar informes y datos para perfeccionar las leyes sobre trabajo. En 1880, bajo el aguacero de críticas de Spencer y sus pocos secuaces, el liberalismo inglés estableció el derecho de los trabajadores a recibir indemnización por los accidente del trabajo. No hablo de la maravillosa red de seguros establecidos para proteger al obrero y despejarle inseguridades, porque eso se hizo en este siglo y se va a calificar de verdadero socialismo.

Ya es, por supuesto, cosa de otros siglos la destrucción teórica de la pretendida igualdad para contratar entre el patrono y el obrero; el partido liberal primero y todos los partidos más tarde, están acordes en interponer la acción del Estado para restablecer la igualdad. Con esa sola infracción habría venido a tierra el famoso dogma.

No menos importante ha sido la intromisión de gobiernos liberales para poner coto a las compañías y regular su actividad. Las leyes de 1923, para regular la industria bancaria e impedirles que siguieran suicidándose por el abuso del crédito que explota y de la confianza pública, que no es patrimonio del banquero sino de la comunidad; la dictadura de la Superintendencia Bancaria que nos ha sido tan beneficiosa; todas esas leyes colombianas que salieron al fin contra la encarnizada oposición del doctor Eastman, son nada comparadas con las regulaciones bancarias establecidas por los liberales ingleses desde mediados del siglo pasado. Tampoco se anduvo corto el liberalismo inglés en reglamentar la actividad de las compañías productoras de servicios públicos, hasta asumir el monopolio de teléfonos y telégrafos, y sometiendo a los ferrocarriles a un control estricto en cuanto a tarifas. Otros servicios, como el de los docks, los puso bajo el manejo de fideicomisarios públicos y se gobiernan sin la acción de la política. ¿No fue, pues, Gladstone el estadista liberal quien desde 1844 abogaba por la nacionalización de los ferrocarriles? Fue el liberalismo el que estableció las Juntas de Trabajo (Trades Boards) para fijar los salarios en cada industria y en cada región. “Y el partido que inventó y aplicó este principio —dice Ramsay Muir, uno de los publicistas liberales más prominentes hoy— no puede decirse con semeblanza de razón que esté adherido a lo doctrina del *laissez-faire*”.

En otra parte dice el mismo autor: “El partido liberal ha estimulado el desarrollo de las empresas municipales por medio de numerosas leyes. En suma, ha mostrado que dispone de métodos variados de manejo industrial y que, lejos de estar rígidamente adherido al *laissez-faire*, ha estado dispuesto a emplear el poder del Estado en la reorganización de cualquier empresa necesaria para el bienestar público, cuando la iniciativa privada se ha mostrado incapaz de dar buen resultado”.

No dejaré a este autor sin citar otro párrafo de su libro “Política y Progreso”:

“Es verdad que en el partido liberal ha habido un grupo que ha mirado con arraigada sospecha toda medida que implique intervención del Estado en la industria como una invasión a la libertad. Este elemento ha sido en veces muy poderoso, especialmente en la mitad del siglo pasado, cuando contaba entre los suyos a Cobden y Bright. Sin embargo, la opinión que identifica al liberalismo con el *laissez-faire* es falsa. Gladstone decía la verdad al sostener que el *laissez-faire* no había hecho parte nunca de la

doctrina liberal. Los inflexibles oponentes de la acción del Estado han sido una minoría, aunque en veces minoría influyente, en el partido liberal. Es un hecho demostrable e irrefutable que las principales intervenciones del Estado en asuntos industriales, desde la revolución industrial, a fin de proteger al trabajador contra el excesivo poder de quienes lo emplean, han sido obra de la política liberal”.

Abra usted ahora su Hobhouse, “Liberalismo”, y encontrará páginas como ésta:

“De tal manera que el liberalismo, cuando confronta los hechos, va a formar a muy poca distancia del Socialismo. De nuevo hemos encontrado que a fin de mantener la libertad individual y la igualdad tenemos que extender la esfera de control social. Pero para realizar los principios del liberalismo, alcanzar la libertad social y una igualdad viviente en los derechos tenemos que ir más lejos aún. No podemos asumir que ninguno de los derechos de propiedad sea axiomático. Debemos ver cómo obran y considerar cómo afectan la vida de la sociedad...”.

Ya ve usted, mi amigo Nieto, que no estamos mal respaldados, apoyándonos en cien años de liberalismo inglés. Y por lo que se me alcanza del pasado liberal colombiano, allá también ha habido, como en Inglaterra, una minoría muy influyente que se apoya en aquel dogma, con tendencias marcadas a excluir o excomulgar a los liberales que no sean *leseferistas*.

Por si el doctor Eastman redarguyere con uno de sus sarcasmos acostumbrados que precisamente por eso el liberalismo inglés se está acabando se le podría contestar: al contrario, fue por haberse dejado influenciar demasiado por esa minoría por lo que no está hoy tan pujante el partido liberal como en el tiempo de Gladstone y otros líderes. Lo que agostó a la larga al liberalismo inglés fue su excesivo entusiasmo por el empresismo industrial. Tuvieron demasiada fe en el progreso industrial como instrumento de libertad. Edificaron una economía nacional sobre los escombros del trabajo independiente del campesino y del artesano, creyendo contrarrestar sus malos efectos con el abaratamiento de los productos. Sin dejarse arrastrar por la minoría que reclamaba la no injerencia del Estado en la economía nacional, y rompiendo a cada paso el dogma del *laissez-faire*, el partido favorecía deliberadamente a los empresarios agrícolas e industriales, en quienes apoyaba su política, siendo de orden secundario sus cuidados por la parte más débil de la sociedad, niños, mujeres y

obreros, cuya causa era predominante para el socialismo naciente. Durante todo el siglo pasado son muy pocos los que se han sustraído a la teoría de que cualquier restricción al empresario hiere inmediatamente al obrero, lo que conduce a esta hipótesis que ha sido elevada a la categoría de principio indiscutible: el mejor medio de favorecer a los obreros y de procurarles bienestar es rodear de garantías y de prerrogativas al empresario. Esto es, el bienestar de las clases inferiores se viene buscando indirectamente, mientras que el laborismo, el socialismo y el comunismo lo persiguen directamente. Paréceme que el partido liberal inglés tardó demasiado en comprenderlo, y mientras tanto la masa obrera tuvo que formar con un partido que ofrecía cuidar directamente y como cuestión predominante de sus intereses.

Que es precisamente lo que quiero evitarle al partido liberal colombiano. Todavía es tiempo de que el poder organizado, es decir el Estado, ejerza su acción en el sentido de defender, ayudar y proteger el trabajo independiente, en lugar de lo que se ha venido haciendo, por la inercia del Estado o por falta de poder directivo inteligente, a saber: darle carta blanca al propietario de tierras y al empresario industrial, a fin de que éstos alimenten al pueblo con biberón. Engordar pulgones para que éstos alimenten a las hormigas. O, como dice graciosamente el profesor Keynes, mantener la política económica de las jirafas: a mayor longitud del cuello mayor cantidad de hojas, y que los animales de orden inferior se alimenten con las hojas que caen.

Se ve esto muy claramente en el problema agrícola, que es ante todo un problema agrario que nos empeñamos en ignorar. Aquella industria, como casi todas las de la actividad colombiana, se basa en una oferta ilimitada de trabajo manual barato; todo lo que haga subir el salario, y por consiguiente el *standard* de vida de los niveles inferiores, desarticula las empresas agrícolas. Los empresarios agrícolas han menester precios altos y salarios bajos, que es como si un perro pretendiese comerse su propia cola.

Prueba de ello es que la actividad agrícola e industrial, especialmente la industria de las edificaciones, no se manifiesta sino en los períodos en que la inestabilidad de la moneda provoca una fiebre de precios en alza, en que naturalmente salen defraudados los obreros y empleados de la clase media, esto es, los dos tercios inferiores de la pirámide social. Este juego lo hemos visto, no solamente durante el régimen del curso forzoso del papel moneda, sino ahora cuando el abuso del crédito extranjero desvalorizó la moneda, abajando su poder adquisitivo en el interior.

Todavía es tiempo de que orientemos nuestra economía nacional a la francesa, defendiendo, apoyando y protegiendo el trabajador independiente, campesino y artesano. Ese es el *individuo* que merece todas nuestras preferencias y prerrogativas. Fortalecer y ensanchar el número de los hogares de vida independiente es beneficiar *directamente* al trabajador. Una labor inmensa por hacer, una responsabilidad enorme mientras no se haga, porque sólo así dotaremos a Colombia de una economía nacional estable. Pero eso no lo puede hacer sino el partido liberal.